

## **Vulnerabilidad, dependencia y justa generosidad en Alasdair MacIntyre**

Jorge Martín Montoya Camacho

Intervención en la presentación del libro *Alasdair MacIntyre y la modernidad*

Pamplona, 21 de mayo de 2026

Quisiera comenzar con una idea muy sencilla, pero decisiva para entender tanto la obra de Alasdair MacIntyre como la relevancia del libro que hoy presentamos: pensar la ética desde la vulnerabilidad no es un asunto marginal, sino una de las claves más profundas de la ética contemporánea.

Vivimos en sociedades que tienden a pensarse a sí mismas desde la autonomía, la autosuficiencia y la eficiencia. El ideal dominante es el del individuo independiente, capaz, productivo, que no necesita a nadie. Frente a ese imaginario, MacIntyre introduce un giro decisivo: nos recuerda que somos, antes que nada, animales racionales y dependientes. Es decir, seres capaces de razonar, sí, pero también seres que enferman, envejecen, se debilitan y necesitan ser cuidados.

La vulnerabilidad, por tanto, no es una anomalía ni una excepción. No afecta solo a algunos ni solo en circunstancias extremas. Es una condición estructural de la vida humana. Todos, en algún momento —al comienzo de la vida, al final, o en medio de ella— dependemos radicalmente de otros. Y este dato, aparentemente obvio, tiene consecuencias éticas enormes.

Desde aquí se entiende mejor la crítica macintyriana a la modernidad moral. En *After Virtue*, MacIntyre muestra cómo hemos perdido el lenguaje compartido de los fines. En una cultura dominada por el emotivismo, los juicios morales se reducen a preferencias subjetivas, a sentimientos, a reacciones inmediatas. Ya no deliberamos juntos sobre qué vida merece la pena ser vivida; más bien competimos por imponer nuestros deseos. Y cuando esto ocurre, la ética se vacía, y con ella se debilita la idea misma de bien común.

Frente a esta situación, MacIntyre recupera la tradición clásica —especialmente a Aristóteles— para recordarnos algo fundamental: toda acción humana está orientada a un fin, y ese fin no es arbitrario. La vida buena no consiste simplemente en elegir lo que queremos, sino en aprender a querer bien, en ordenar nuestros deseos hacia una forma de vida lograda y compartida con otros.

Ahora bien —y aquí está uno de los puntos más originales de su propuesta— esta recuperación de la ética de la virtud no se hace pensando en sujetos ideales, siempre fuertes, siempre autónomos, siempre capaces. Se hace pensando en seres vulnerables. Por eso, cuando MacIntyre habla de virtud, introduce una noción central: la virtud de la justa generosidad.

La justa generosidad no es simplemente dar. Tampoco es una actitud sentimental o espontánea. Es una virtud que articula dos movimientos inseparables: saber dar y saber recibir. Y esto es crucial. Porque nuestra cultura suele tolerar —aunque sea con incomodidad— al que da, pero le cuesta mucho aceptar al que necesita recibir. Recibir cuidado suele vivirse como humillación, como fracaso o como pérdida de dignidad. MacIntyre desmonta esta lógica: recibir también forma parte de la vida virtuosa.

Solo quien reconoce su propia dependencia puede recibir sin humillación ni resentimiento. Y solo quien reconoce la vulnerabilidad del otro puede dar sin caer en el paternalismo. La justa generosidad, por tanto, no se reduce al asistencialismo, ni a la caridad episódica, ni a una filantropía distante. Es una disposición estable de la vida moral, una forma de relación fundada en el reconocimiento recíproco de una fragilidad compartida. Frente a ella, el orgullo y la vanidad actúan como un veneno persistente: erosionan, una y otra vez, la posibilidad misma de una humanidad verdaderamente común.

Aquí aparece con fuerza el diálogo con la tradición aristotélica de la amistad. Para Aristóteles, la amistad virtuosa consiste en querer el bien del otro por él mismo. MacIntyre retoma esta idea para mostrar que el cuidado auténtico solo es posible allí donde el otro no es visto como un problema que hay que gestionar, sino como alguien con quien comparto una vida. La justa generosidad nace de ese suelo: de relaciones reales, encarnadas, no abstractas.

Al mismo tiempo, esta virtud integra una dimensión profundamente cristiana, heredada de Tomás de Aquino: la unidad entre justicia y misericordia. La justicia, por sí sola, corre el riesgo de volverse fría e impersonal. La misericordia, sin justicia, puede convertirse en desorden o en dependencia mal entendida. La justa generosidad mantiene ambas unidas: da a cada uno lo que le corresponde, pero atiende también a lo que necesita, especialmente cuando la vulnerabilidad se hace más intensa.

Todo esto tiene una enorme relevancia para nuestra situación actual. En sociedades que miden el valor de la vida en términos de productividad, la propuesta de MacIntyre introduce un criterio completamente distinto: el valor de una comunidad se mide por cómo cuida de quienes no pueden valerse por sí mismos. Y esto no es solo una cuestión privada o familiar. Tiene implicaciones educativas, sociales y políticas. Afecta a cómo concebimos el bien común y a cómo organizamos nuestras instituciones.

La vulnerabilidad, entonces, deja de ser algo que hay que ocultar o resolver técnicamente. Se convierte en una clave ética. Nos recuerda que la vida buena no se construye desde la invulnerabilidad, sino desde relaciones de cuidado, de reciprocidad y de amistad cívica. Y la justa generosidad aparece como la virtud que hace posible ese tejido moral.

Quisiera terminar subrayando esto: hablar hoy de vulnerabilidad, dependencia y justa generosidad no es un gesto nostálgico ni un repliegue premoderno. Es una de las respuestas más lúcidas y realistas a las crisis morales de nuestro tiempo. El pensamiento de MacIntyre —y el libro que hoy presentamos— no se limita a criticar la modernidad, sino que ofrece una propuesta positiva: recuperar una vida moral más humana, más verdadera y, en último término, más compartida.

Muchas gracias.